

Las raíces del cambio

En este artículo voy a intentar una aproximación —por tanto, algo limitada y provisional— a los determinantes de opinión pública que subyacen a los resultados de las elecciones del pasado 28 de octubre. Elección singular por varios conceptos, ofrece elementos que se prestan a explicaciones *simplistas* o fuertemente *ideólo gizadas*, que son las hasta ahora predominantes en la ya profusa secuela de interpretaciones que se vienen avanzando. No pretendo estar libre de prejuicio ni en posesión de todas las complejidades, y, por tanto, cabe que esta aproximación resulte tan simplista e ideológica como otras. Pero al menos voy a intentar trascender el discurso especulativo y las trampas del sentido común para brindar hipótesis que cuentan con algún respaldo empírico. Los límites de extensión a que este trabajo se somete me obligan, por otra parte, a circunscribir el espectro de cuestiones abordable. Voy por ello a confinar esta reflexión a tres cuestiones que entiendo del mayor interés: ¿Por qué ganó el Partido Socialista? ¿Por qué se hundió el centrismo y reemer-gió la derecha? ¿Es irreversible el mapa político que surge de aquella elección?

1. El nombre de la rosa

La elección del 28 de octubre ha sido la menos incierta, respecto a sus resultados, que se recuerda en toda la historia electoral española. Nadie con una mínima información dudaba de la victoria socialista, y casi todos los que manejaban fuentes precisas de conocimiento de la opinión auguraban que la victoria se produciría por mayoría absoluta. Todas las encuestas y sondeos solventes predijeron con éxito la aritmética parlamentaria por lo que se refiere al partido vencedor, y se fueron aproximando, según avanzaba la campaña, a las posiciones relativas en los demás partidos.

De hecho, la dinámica política a partir de mediados de 1980 y su reflejo en la opinión pública caminan en una sola dirección hacia el triunfo electoral del Partido Socialista. Una especie de *deus ex machina* parece que hubiera movido los hilos de la trama con el único designio de abocar a ese final preestablecido.

El cuadro 1 expresa adecuadamente esa dinámica. Probablemente, el punto de inflexión más significativo, el acontecimiento político desencadenante de

CUADRO 1

Intención de voto en unas futuras elecciones generales

(Diciembre 1979-julio 1982)

Todas las cifras son porcentajes

	1979		1 9 8 0					
	Dic.	Febrero	Marzo	Abril	Junio	Sep.	Nov.	Dic.
UCD	27	22	18	16	15	17	13	13
PSOE	26	31	19	19	25	23	21	22
AP	4	4	4	4	5	6	5	5
PCE	7	8	4	4	3	5	5	3
Otros	8	13	10	10	9	7	7	7
No votaría	5	6	11	13	12	11	12	12
NS/NC	23	16	34	34	31	31	37	38

	1 9 8 1								
	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Julio	Sep.	Octubre	Nov.
UCD	13	13	15	15	15	14	12	11	11
PSOE	19	27	23	24	24	26	26	29	25
AP	5	6	5	4	4	4	3	7	7
PCE	4	3	3	3	3	3	3	3	3
Otros	6	7	6	6	8	5	9	7	6
No votaría	15	9	11	13	10	13	12	11	12
NS/NC	38	35	37	35	36	35	35	32	35

	1 9 8 2					
	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Junio	Julio
UCD	12	13	13	13	10	12
PSOE	28	30	25	28	30	29
AP	8	8	8	7	9	10
PCE	4	3	3	3	3	3
Otros	5	7	5	7	5	5
No votaría	12	12	12	14	12	12
NS/NC	31	27	33	28	31	28

Fuente: Encuestas-barómetro realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas en las fechas indicadas. Banco de Datos del GIS.

esa «irresistible ascensión», se sitúa en el debate de la moción de censura de mayo de 1980. Tal debate —como he escrito en otro lugar— «evidenció ante los ojos del estrato políticamente más interesado que la competencia relevante no iba ya a tener lugar entre una UGD —sin nada que decir y con un grave problema de liderazgo— y el PSOE. No sólo Felipe González adquirió *talla de presidente* en ese debate, sino que, además, Fraga Iribarne emergió del mismo como la *única voz capaz de dar réplica al líder socialista*». A partir de ese momento se produce una conjunción de acontecimientos que va haciendo cada vez más sólido e irreversible el establecimiento de la base social para una mayoría alternativa.

Es inevitable —tras unos resultados como los que ha deparado la elección que se comenta— que los intentos de hallar claves explicativas estén sesgadas por el *ex-post-jáctualismo*, es decir, que se interpreten los antecedentes en función de unos consecuentes conocidos. En palabras más llanas, ahora parece como si todos hubiéramos sabido

desde siempre lo que iba a pasar. Y si bien es verdad que el *triumfo* electoral del PSOE estaba prefigurado a casi todo lo largo de la pasada legislatura, no es menos cierto que su *magnitud* fue creciendo al hilo de la descomposición de su alternativa y que resulta difícil fijar el *punto de no retorno*. Si hemos de atender a los datos de encuesta, cabría situar con alguna precisión esa circunstancia tras el verano de 1981, ya que si antes, a raíz de la dimisión de Suárez y la toma de posesión de Calvo-Sotelo, hubo un atisbo de recuperación, el crédito inicial se gastó en muy poco tiempo. A partir del verano de 1981, en cada toma de datos sobre intención de voto, el PSOE, cuando menos, dobla a UCD, y a comienzo del verano de 1982 llega a triplicarlo. Parecidas conclusiones sobre el desarrollo temporal de los acontecimientos se pueden obtener vía análisis de la evolución de la popularidad de los principales líderes políticos, que aparece expresada en el cuadro 2, al que recurriré más adelante para ilustrar otros razonamientos.

Pero aparte de fijar el momento del

CUADRO 2

Popularidad de líderes (media en una escala de 0 a 10)
(Diciembre 1979-julio 1982)

	1979	1980			1981			1982		
	Dic.	Abr.	Sep.	Dic.	Mar.	Jul.	Oct.	En.	Abr.	Jul.
F. González	5,7	5,6	5,8	5,9	6,2	6,4	6,3	6,1	5,9	6,0
M. Fraga	3,9	3,9	5,2	5,0	5,5	5,0	5,4	5,2	4,9	4,9
A. Suárez	5,7	5,2	4,8	4,9	5,0	4,5	4,0	4,3	4,3	4,0
L. Calvo-Sotelo	—	—	—	—	5,6	5,2	4,4	4,6	4,5	3,5
S. Carrillo	3,7	3,6	3,8	3,9	3,6	3,8	3,3	3,5	3,1	3,1

Fuente: Encuestas-barómetro realizadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas en las fechas indicadas. Banco de Datos del GIS.

«tránsito» (lo que quizá no tiene más interés que el prurito de demostrar que se «estaba en el ajo»), yo me había comprometido a explicar las razones del mismo. No creo que una *lectura* de ese despegue se pueda hacer únicamente en base a un repaso, de «acontecimientos políticos» del período estudiado y una posterior atribución de *cuotas de responsabilidad*—más o menos fantástica o fundada— a cada uno de ellos. No se trata de establecer para cada partido una «contabilidad política» cuyos saldos expliquen los resultados electorales. A pesar de que existen datos sobre la reacción de la opinión pública en torno a la mayor parte de esos acontecimientos, creo que no es éste el camino para una comprensión profunda del fenómeno. Porque no es sólo ni principalmente una cuestión del *acierto o desacierto* en las *políticas concretas* en relación con las demandas de la sociedad o de clientelas electorales específicas, sino de la *lógica* que gobierna esas actividades y que contribuye a explicar el ajuste o desajuste de esas decisiones en relación con los objetivos políticos de cada uno.

Y en ese sentido hay que atender a factores como la organización interna

de los partidos, la capacidad para canalizar conflictos en su seno, la capacidad de vehicular demandas sociales y establecer sintonía con sectores de la sociedad, el liderazgo, la capacidad de comunicación, etc. Desde esa perspectiva, en lo que al PSOE se refiere hay que mencionar el XXVIII Congreso (mayo de 1979) y el Congreso Extraordinario (septiembre 1979) como referencias simbólicas y elementos de formalización de un designio racional de alcanzar el poder mediante un diseño de organización partidaria y estrategia política capaz de trascender los confines de su base social tradicional y proyectarse eficazmente sobre sectores hasta entonces impermeables al mensaje socialista, sin por ello perder fuerza electoral en sus bases de sustentación tradicionales. El cuadro 3 ilustra el éxito de esta estrategia. En cuanto al contenido de la misma, en una consideración muy sintética, puede decirse que reside en una *difuminación* de perfiles ideológicos que lo caracterizaban como un partido «de izquierdas» y como un partido «socialista», para configurarse sólo (o, quizá, nada menos que) como un partido de *alternativa eficaz* a los gestores de UCD.

CUADRO 3

Distribución ideológica del electorado y de los votantes del PSOE de 1982

	% del total del electorado	% de los votantes del PSOE
Extrema izquierda	1,2	1,2
Izquierda	39,9	71,8
Centro	17,2	12,3
Derecha	12,9	1,7
Extrema derecha	0,5	—
No sabe	14,6	9,8
No contesta	13,5	3,1

fuentes: Encuesta posélectorales realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas en noviembre de 1982. Banco de Datos del GIS.

No pueden desconocerse las «economías externas» aportadas a esa estrategia por la propia descomposición de UCD, sobre la que volveré más adelante. Interesa también aislar en alguna medida el efecto del *síndrome 23-F* sobre el crédito y la imagen del PSOE, por cuanto, a mi juicio, en él radica una de las claves de comprensión del asunto. John Dryden (poeta cuya notoriedad entre nuestra clase política se debe a una cita de Rodríguez Sahagún) escribió en *Absalom and Achitophel*:

*Plots, true or false, are necessary things
to raise up commonwealths and ruin kings.*

Pues bien, este *plot* en concreto y sobre todo su síndrome, sus dilatados efectos sobre la opinión pública^ trajo, entre otras, la consecuencia de hacer aparecer a una sola fuerza política como garante de la libertad y la democracia. Bastó para ello mantener una energía verbal con relación al tratamiento judicial de la conjura, alertar periódicamente la inquietud < cívica sobre tentaciones pretorianas supuestas o «reales y exhibir una permanente preocupación por la «lenuidad» con que el Gobierno de UGD manejaba la cuestión militar. Unos medios de comunicación, que sentían el problema acaso con más intensidad que la que sus dimensiones reales merecen, hicieron el resto por completar una ecuación que convertía al PSOE en garantía única de un sistema de libertades y democracia. Tanto da que esta conciencia fuera —como las conjuras en el verso de Dryden— verdadera o falsa. La lógica implacable del *Teorema de Thormas* se impuso, y dada esta *definición de la situación*, no hay que extrañarse de las *consecuencias*.

En resumen, el PSOE ganó porque se convirtió hábilmente en un partido «no de clase» (*catch-all-party*, en la terminología de Kirchheimer), se quedó sin adversario, y se apropió la pa-

tente de la «sociedad civil» (que en vano Suárez trató de capitalizar).

2. El partido que nunca existió y la derecha que volvió del frío

Señalaba en el epígrafe anterior que uno no puede olvidar las «economías externas» que para el triunfo del PSOE supusieron las sucesivas crisis y final desintegración de UCD. Tras una elección —y sobre todo tras una en la que cambia el titular del poder— es habitual preguntarse si ganó el vencedor o fue derrotado el perdedor. Pregunta sin sentido en esta ocasión, en que ambos fenómenos se superpusieron y reforzaron mutuamente de modo notable.

Algún autor se ha referido al descalabro electoral de UGD evocando el título de la última novela de García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*. El cuadro 1 señala la justeza de la comparación y, así como antes lo utilizábamos para *cronometrar* el ascenso socialista, puede ahora servirnos para ilustrar el proceso de deterioro y marginalización electoral del centrismo.

Pero no sólo las encuestas auguraban el desenlace final. Entre marzo de 1980 y octubre de 1982 se celebraron en España cinco procesos electorales de ámbito regional y provincial, cuyo común denominador fue el espectacular descenso de UCD con relación a su fuerza electoral de 1979. Los resultados de esas elecciones (cuadro 4) expresan cuan «anunciada» era esa «muerte» en la aritmética de las preferencias políticas de la población.

El accidentado trayecto de la UCD desde 1979 culmina en el *aterrizaje de emergencia* del 28 de octubre. Y la distracción ahora para los analistas políticos —y-hasta para algún magullado su-

CUADRO 4

Porcentajes obtenidos por UCD en las provincias y regiones en que hubo elecciones entre 1980 y 1982, comparados con los de 1979

	% UCD en marzo de 1979	% UCD en la elección regional o parcial
País Vasco (Parlamento Regional, marzo 1980)	16,9	8,4
Cataluña (Parlamento Regional, marzo 1980)	19,4	10,6
Sevilla (elección parcial al Senado, noviembre 1980) ...	27,7	8,2
Almería (elección parcial al Senado, noviembre 1980) ...	44,3	21,2
Galicia (Parlamento Regional, octubre 1981)	48,3	28,2
Andalucía (Parlamento Regional, mayo 1982)	31,8	13,1

Fuente: Ministerio del Interior y elaboración propia.

perviviente— es encontrar la *caja negra* del avión siniestrado.

Naturalmente, un acontecimiento casi *telúrico* en términos de las pautas de evolución electoral normales en las democracias se resiste a explicaciones convencionales: la difícil coyuntura, el deterioro de todos los gobiernos, etc. Este tipo de factores habría explicado una derrota electoral «normal», pero no explica, desde luego, una catástrofe como la de UCD.

Y es que las razones que llevan al descalabro son de tipo *ontológico*: los únicos rasgos comunes entre la UCD que se presentó a las elecciones de 1979 y la que concurrió a las de 1982 eran justamente la sigla y el logotipo. Ex diputados y ex militantes de UCD figuran en todos los grupos parlamentarios de las actuales Cortes con excepción del vasco y el comunista (es decir, hay ex ucedistas en el Grupo Socialista, Popular, Catalán, Mixto... y hasta en el Centrista). Incluso en el Grupo Popular hay más antiguos miembros de UCD que en el propio Grupo Centrista. Las escisiones de UCD dieron lugar a cuatro partidos (por orden de aparición en escena, PAD, PDP, CDS y PDL), de los que tres concurrieron

—solos o coaligados— a las elecciones.

Pero todo ello no es más que un reflejo superestructural de la verdadera causa del descalabro no sólo de UCD, sino del *centrismo* como uno de los ejes de articulación del sistema político. Y la *crisis de fondo* no tiene otro origen sino la *absoluta falta de comprensión* —a partir de 1979— del papel que correspondió a la organización hegemónica de la transición en el proceso político posterior. Como López Pintor ha dicho, nos encontramos con el «fracaso de un liderazgo frente al reto de la modernización política de la derecha española».

Se pueden discutir aspectos singulares del proceso de descomposición de UCD y entrar en la batalla (a menudo furiosa e irreflexiva) de los *tantos de culpa individuales*. Yo me voy a limitar a señalar que en el origen de la incapacidad para hacer frente al reto a que antes me he referido está sin duda la opción de Suárez por un partido de signo «*populista y autocrático*» (en palabras, de nuevo, de López Pintor), opción avalada por algunos notables y tolerada de mala gana por otros. Esta opción inhibió la posibilidad de articular una *coalición popular*, con distintas

corrientes, para aglutinar el espectro de la derecha democrática, que es el modelo de los grandes partidos de centro que gobiernan o se alternan en el poder en Europa (CDU, DCI).

Y aunque he dicho antes que no se trata de buscar culpables, sí me parece justo apuntar que en ese mal paso no cuenta sólo el error de quien impone el camino equivocado, sino la complacencia de quienes lo acatan. De modo que por los errores de unos y las omisiones de otros la UCD comienza a «ir por libre» inmediatamente después de las elecciones de 1979. Quiero decir que empezó a carecer de norte político, esto es, de cualquier diseño de metas en relación con una base electoral. Se diría, observando la práctica política del Gobierno y la retórica del partido, que en realidad no había conciencia alguna de que esa base electoral tuviera un perfil determinado. Los *barones* de distinto nivel quedaron confinados a defender con criterios parroquiales su cuota de poder gubernamental y/o territorial, y este tipo de corrupción de la dinámica intrapartido convirtió la acción de gobierno en un juego *suma-cero*.

El común de la gente, que no penetra en estas sutilezas analíticas (suponiendo que lo sean), capta muy bien, sin embargo, si se siente gobernada o no. Walter Lippmann, en un artículo escrito hace veinte años, ya señalaba que «no existe necesidad mayor para los hombres que viven en comunidad que la de ser gobernados, autogobernados si es posible, bien gobernados si tienen esa suerte, pero, *en cualquier caso, gobernados*». Pues bien, desde el punto de vista del «gobierno de las cosas», no sería justo decir que la gente de UCD (los ministros, los subsecretarios, los directores generales) no haya gobernado, y, en muchos casos, técnicamente muy bien. Ahora bien, desde el punto de vista de *Gobierno como*

liderazgo efectivo de la sociedad (y ése es el sentido en que Lippmann habla de «gobierno»), el período 1979-1982 es una página en blanco. Y aquí, de nuevo, he de acudir al cuadro 2 para reclamar al lector que observe en los perfiles de popularidad de Suárez y Calvo-Sotelo cómo la gente vuelve la espalda a los líderes que dejan de ejercer como tales.

No quiero entrar en la letra menuda de esta historia. Trato de oficiar de analista político y no de psicoanalista, y además no puedo prescindir, por *weberiana* que sea mi intención, de mi particular circunstancia como *actor de reparto Q*, más modestamente, como *figurante* en este verídico drama. Ahora que UCD está en la tierra de nadie (ya ha muerto para los periodistas y aún no ha nacido para los historiadores), conviene un silencio piadoso sobre su caída y un reconocimiento del papel desempeñado en sus momentos de esplendor, entre 1977 y 1979, cuándo fue la piedra angular de la restauración democrática en España.

En cuanto a la reemergencia electoral de Alianza Popular y la «resurrección» de Fraga, lo primero que hay que decir es que obviamente no son fenómenos ajenos a los comentados ya antes. La naturaleza tiene horror al vacío y la «naturaleza política» también. No niego con esto los méritos de Fraga, a quien, como mínimo, hay que reconocer una constancia y un tesón infrecuentes en nuestros líderes. Lo que quiero destacar es que la coalición AP-PDP era, en términos de su *oferta política*, sustancialmente idéntica a la Coalición Democrática de 1979, que fracasó estrepitosamente. Es decir, en ambos casos, y a diferencia de la oferta neofranquista de los «siete magníficos» de 1977, había un reclamo explícito al electorado de la derecha democrática. Incluso, verbalmente al menos, la oferta era más «centrista» en 1979

que en 1982. La diferencia sustancial no estaba en la oferta de Fraga, sino en el *sistema de oferta*. Todo ello sin desconocer el *enorme esfuerzo de legitimación* desplegado por Fraga desde 1979 (debate de censura), y cuyos frutos en la opinión pública aparecen claros nuevamente en el cuadro 2.

No hace falta, pues, a mi entender, recurrir a ninguna visión conspiratoria de la política para explicar el desplazamiento del centro de gravedad de los partidos burgueses desde UCD hacia la coalición AP-PDP. Toda la literatura sobre la «voladura controlada», las maquinaciones del poder económico y demás apasionantes enigmas desconocen que en realidad había poco que volar. Cuando se habla de ofensivas o abandonos de la Banca, de la Iglesia, de la Patronal, se olvida la *insólita capacidad de antagonismo* que con todos esos núcleos de poder social había desarrollado UCD, sin crear, por otro lado, bases alternativas de sustentación social en el curso de esos antagonismos; Que esos y otros grupos sociales jugaran otra carta política, no es tanto la causa de la descomposición de UCD cuanto la *consecuencia de su real inexistencia como partido*, es decir, como mecanismo de integración de valores e intereses sociales concretos.

3. El cambio y el recambio

En la introducción de este trabajo yo me había comprometido a ser lo menos especulativo y lo más empírico posible. En este apartado, en el que se trata de determinar la reversibilidad o irreversibilidad del mapa político que surge del pasado proceso electoral, si no especulativo, por lo menos hay que ser imaginativo. Porque uno de los inconvenientes de este singular proceso es que la historia política comparada

brinda poco consuelo, a quien la interroga en busca de augurios.

Las posibilidades de alternancia son función de muchas variables complejas, pero, a efectos de éste esbozo, se pueden agrupar en dos grandes conjuntos de factores que consideraré sucesivamente: el *output* de gobierno del Partido Socialista y la configuración de su alternativa electoral en los próximos procesos.

Sobre lo primero, los tres meses transcurridos dan, como mucho, *indicios* de lo que puede llegar a ser. El primero es que la presunta planificación política con que el PSOE llegaba a la Moncloa era justamente eso, es decir, *presunta*. Ha habido mucha improvisación en la cooptación política, en la instrumentación de *policies* y hasta —insólitamente— en la presentación de las propias medidas. Ahora bien, junto a estos fenómenos, más perceptibles por las *élites* politizadas que por «el gran público, se advierte una voluntad de utilizar a fondo (y a menudo sin mayores escrúpulos) los resortes propios de comunicación con las masas. Dicho con menos formalismo: en un país en que menos de un tercio de la población lee los periódicos, se puede meter la pata en algunas cosas siempre que no se «entere» la televisión. O que se entere a su modo. De entrada, el cuadro 5 expresa en qué va quedando la famosa *desgubernamentalización* de TVE que, en uno de sus característicos arrebatos de humor negro, prometió Alfonso Guerra.

Yo no me siento capaz de desvelar qué estrategia de «mantenimiento», en términos electorales, ha diseñado el PSOE, partiendo de la obvia dificultad de retener diez millones de votos tan heterogéneos como los del 28 de octubre. Mi impresión es que, descontados los casi seis millones de votantes socialistas «en sentido fuerte», el PSOE va a encontrarse además con otro medio

CUADRO 5

Evolución de algunas magnitudes básicas de la información en TVE en los últimos meses

	AÑO 1982				AÑO 1983
	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre	Enero
1. <i>Tiempo dedicado a información sobre el Gobierno:</i>					
— Valor absoluto	3h.29'39"	2h.04'35"	1h.51'33"	8h.39'15"	8h.32'06"
— % tiempo total información nacional	15,32	6,73	7,07	31,44	36,1
2. <i>Tiempo dedicado a partidos políticos:</i>					
— Valor absoluto	7h.32'07"	11h.17'38"	6h.48'21"	2h.07'25"	2h.55'51"
— % tiempo total información nacional	33,05	36,62	29,33	7,71	12,4

Fuente: Ente Público RTVE. Gabinete de Investigación de Audiencias. Unidad de Control Informativo.

millón nuevo de votantes «de Gobierno» (jubilados, «subalternos deferentes», etc.) y va a tener que pelear duro un millón de votos en su flanco izquierdo (coyunturalmente arrebatados al PCE) y dos millones de votos en su flanco derecho. Obviamente, concentrará sus esfuerzos en estos últimos, siquiera sea por razones de mínima lógica aritmética. Para retener a estos dos millones de votantes que el propio Felipe González (no sé si en una argucia retórica) reconoce como «prestados» creo que serán cruciales dos tipos de factores: que no se deteriore significativamente la situación económica de los estratos profesionales medios y altos (*panem*) y no equivocarse demasiado con el ritmo y contenido de las políticas «gratuitas» de modernización social (*et circenses*). De momento se advierten fallos en uno y otro factor, pero aún no está medida la repercusión masiva en la opinión pública de algu-

nas decisiones estratégicas y, hoy por hoy, el *síndrome del encantamiento* amortigua cualquier decepción.

En cuanto al segundo factor, las posibilidades de articulación de una oferta alternativa, el panorama es aún más fluido. El reacomodamiento de una buena parte de los cuadros de UCD en otras formaciones políticas (algunas *in fieri*) da mayor sensación de mudanza general. La coalición mayoritaria de la oposición y los partidos en ella integrados atraviesan ahora una *crisis de crecimiento*, lógica, y es posible que hasta sana, que no se resolverá hasta después de las elecciones municipales y regionales de mayo. Surgen iniciativas fuera del marco de los partidos existentes para articular una opción reformista. Todo parece moverse. La gran incógnita reside en si toda esta «movida» está llamada a reproducir el esquema de *élites cómensalísticas* que arruinó a UCD o si, desde la oposición

(la instalada y la de la intemperie) habrá más sensatez que la que hubo desde el Gobierno.

Yo pienso que hoy, en este país, conservadores, liberales, democristianos y reformistas deben construir *partidos ideológica y organizativamente fuertes*. Cuando hay partidos de esas características, donde el sitio y los objetivos de cada uno están claros, resulta posible establecer marcos de cooperación política entre afines que deben llegar —por imperativos de eficacia— a la *coalición electoral*. Y si se dan esas precondiciones organizativas y de clarificación ideológica, muchos de los

pseudoproblemas para la cooperación desaparecen. Si la querrela por la hegemonía en el espacio no socialista enerva la proyección exterior, *hacia la sociedad*, de los partidos y los líderes moderados, Felipe González puede ir organizando sus bodas de plata en la Moncloa. Lo cual sería sumamente gratificante —me imagino— para Felipe González y para el PSOE, pero sumamente comprometedor para el arraigo en nuestro país de un régimen efectivo de democracia, para el que la alternancia en el poder resulta muy oxigenante.

J. I. W.*

* Sociólogo.